

Albert Heinekamp: Amistad Y Filosofía

Ezequiel de Olaso

Amistad

Estoy viendo nuestro encuentro hace exactamente veintisiete mayos, en Hannover, bajo una recta, helada e incesante lluvia que por esos días los alemanes llamaban, sin error numérico, primaveral. Surgen solos en esta evocación los rasgos de su rostro comprensivo, suavemente iluminado por cierta tristeza. También la indiferencia con que se dejaba mojar por el grosero chubasco, la solicitud para acompañarme por los vericuetos del viejo edificio del Archivo, su risa asmática cuando me asustó una sombra en la escalera de la torre del *chateau*, la exquisita delicadeza con que tomaba entre sus manos afiladas los manuscritos de Leibniz.

Por varios rebotes bibliográficos yo había encontrado un inédito en latín y necesitaba confrontar con el manuscrito original mi adivinatorio desciframiento a partir de una fotocopia. Mis múltiples esperanzas de revelaciones (al dorso de la página debe haber exclamaciones procaces y magníficas, seguramente encontraré otras redacciones con variantes del mismo texto, o cartas elocuentes y revolucionarias que yo revelaré sólo

parcialmente para inducir una casi intolerable expectativa internacional) quedaron prontamente frustradas.

Con la cálida satisfacción que irradian las confirmaciones Heinekamp comprobó una vez más su vieja sospecha: mi fotocopia *déclassée* era mucho más nítida que la auténtica hoja amarillenta plegada en cuatro. En seguida me ayudó a buscar datos menores sobre la época en que Leibniz escribió la pieza que me interesaba, me entusiasmó con ediciones del Renacimiento y logró situar en una remota página de Dutens dos líneas de un reportaje a Leibniz en un incipiente periódico de la época. Insistió esa noche en acompañarme a cenar (cerca de la estación del ferrocarril, en un restaurant que ya no existe) para darme la satisfacción de seguir departiendo sobre detalles del manuscrito. Mi férrea limitación con el alemán y su incomodidad con el inglés nos unieron en el francés, la segunda lengua de Leibniz. Heinekamp lo hablaba fluidamente y en el Archivo lo dominaba la Dra. Gerda Utermöhlen (editora de la correspondencia general) que también colaboró con mis indagaciones en todas mis visitas.

Esa misma noche Heinekamp me dió una llave del edificio del Archivo. Más de una vez comprobé que los investigadores nos quedábamos trabajando hasta muy tarde en la noche como dueños de casa (ahora recuerdo que siempre al irme me despidió la ancha sonrisa de complicidad del laborioso Heinekamp). Esos y otros rasgos me hacen pensar que pertenecer a la secta de Hannover se pareció mucho a haber ingresado a un club de amigos. El mérito de ese raro logro les pertenece sin discusión posible al Director, Dr. Wilhelm Totok, y a Albert Heinekamp.

Quiero recordar a este amigo triste en una circunstancia feliz. Hablamos ido por iniciativa de él a almorzar a una taberna griega de Hannover. Nuestros pasos resonaron largo tiempo por las silenciosas aceras de la ciudad hasta que de pronto se abrió una puerta y un vendaval de música nos envolvió. La taberna vivía la mejor de las fiestas porque había ido creciendo, sin por qué, una alegría serena, mágica, totalmente ajena a cierto entusiasmo profesional que se suele inyectar en

establecimientos vagamente mediterráneos. Reconocía la voz de Maria Faranduris ocultando y desnudando el aire. Elegimos unos platos deliciosos y fuimos, por una hora, serenamente felices.

Por fortuna coincidí con Heinekamp en Madrid en 1989 para la celebración del primer Congreso Internacional Leibniz que organizaron los profesores Quintín Racionero y Concha Roldán. Durante una semana, en puntuales desayunos y cenas, en exigentes jornadas, disfruté de la compañía de este hombre callado, sonriente, leal. Y los españoles han expresado su agradecimiento por el gesto de su amigo que venció el miedo a los aviones y legitimó con su presencia una espléndida sociedad que ha nacido bajo los mejores auspicios. Fue una reunión internacional sobre el problema de la analogía y la expresión en Leibniz, que congregó a participantes tan numerosos y calificados que difícilmente pueda concebirse una semejante fuera de Alemania.

Heinekamp estaba interesado en que germinaran clubs leibnizianos en diferentes naciones y nos alentó a la creación de la Sociedad Leibniz Latinoamericana. Si no asistió a la reunión inaugural en Buenos Aires a fines de ese 1989 sólo fue porque su asistencia a la reunión madrileña había agotado sus reservas de heroísmo aéreo.

Para quienes lo conocimos es necesariamente verdadero que está en Hannover aunque en próximos viajes, por razones contingentes, no podamos verlo.

Filosofía

La reconstrucción de la filosofía de Leibniz está transida por tensiones propias y las que aportan sus intérpretes. Si se cambia de tópico el calidoscopio se mueve y el celeste que estaba al lado del rojo ahora aparece junto al verde. Hagámoslo girar hacia el dilema. ¿Han de ser las ciencias exactas o las ciencias culturales el modelo de la filosofía? El dilema era totalmente ajeno a Leibniz pero muy legítimo. Leibniz es acaso el filósofo del pasado que con menos dificultades se integra a un diálogo contemporáneo. Pero se lo planteó con el propósito de que

apareciera prestigiando a uno de los bandos en pugna. ¿Leibniz, patrón de una ortodoxia?

Permítasame una pequeña ilustración. El recuerdo más remoto que conserva Leibniz de su niñez genial remonta a su primera década y a días felices en que jugaba con los predicamentos o categorías. Los adultos tratan de ordenar el mundo según géneros y especies, pero a veces faltan casillas conceptuales para la riqueza del mundo, o bien se duplican inadvertidamente las casillas. Lagunas y redundancias: imaginamos la sonrisa del jugador. Pero el niño también concibe el proyecto de salvar el ordenamiento del mundo. Es preciso que haya un enlace entre el género y sus especies, tal como él mismo verá que existe entre las proposiciones de la geometría. Couturat - a quien todos le debemos la renovación actual de los estudios leibnicianos - remite a este pasaje para inscribir a Leibniz a la cabeza de la ortodoxia lógico-matemática. Pero curiosamente el gran intérprete omite las referencias que da Leibniz sobre el objeto de sus indagaciones. Y su propósito es el ordenamiento jerárquico de las virtudes. Parece claro que si Leibniz toma el método de las matemáticas, su interés es llevarlo a los temas morales.

La tesis de Heinekamp, *El problema del bien en Leibniz*⁽¹⁾, es el libro más importante sobre los temas morales en la obra de Leibniz. Sería no conocerlo imaginar que Heinekamp procuraba balancear la pretensión de una ortodoxia con otra. Intuyo que quiso restituir una carencia injusta. E hizo su tarea sencillamente, aportando un formidable y paciente acopio de datos pero salvados de la mera yuxtaposición erudita (que tan a menudo aqueja la obra de su antecesor Grua) por una articulación conceptual clara y precisa.

Su otra contribución, que mis lecturas parciales destacan, es la filosofía del lenguaje en Leibniz⁽²⁾ y tiene que ver con el afán de

1 *Das Problem des Guten bei Leibniz*, Bonn, 1969.

2 «Sprache und Wirklichkeit nach Leibniz», *History of Linguistic Thought and Contemporary Linguistics*, Berlin/New York, De Gruyter, 1976, 518-570.

Heinekamp por encontrar en el maestro temas de preocupación actual.

Heinekamp solía detener los elogios a sus trabajos con un ademán terminante. Hoy nos cabe el modesto consuelo de serle desleales y de elogiarlo impunemente.